

PERU

TEOLOGO
R. ANTONCICH

LAS DEMOCRACIAS EN AMERICA LATINA

Después de prolongados años de experiencia de dictaduras militares, la palabra "democracia" tiene una gran fuerza simbólica capaz de unificar hasta las divergencias partidarias más opuestas.

La palabra "democracia" proviene del griego y significa "poder del pueblo". Pero esta bella palabra nace ya con un enorme ambigüedad que subsiste hasta nuestros días. Porque la democracia griega era muy particular: el "pueblo" era el conjunto de hombres libres; los numerosos esclavos no tenían acceso a la democracia. El ideal del gobierno del pueblo, contrasta pues, severamente, con la restricción semántica del contenido de la palabra "pueblo". Por eso, tal vez la primera gran tarea de toda la humanidad frente a la democracia, sea vigilar críticamente para que se verifique en la realidad lo que la palabra significa.

Aproximación teológico-pastoral

Parece mucho menos evidente, en una era donde los valores seculares de la política son celosamente salvaguardados, una aproximación de carácter teológico-pastoral. Sin embargo en la concreta tradición política de Occidente, heredera de la democracia griega, del derecho romano y de la tradición religiosa judeo-cristiana, el fenómeno político ha estado íntimamente ligado a la religión. Bastaría recordar el título de Pontifex Maximus dado al Emperador Romano y a las persecuciones religiosas a los cristianos por negarse a adorar al emperador. Bastaría recordar la teocracia judía del Antiguo Testamento y la tradición cristiana de dos milenios, en donde las distintas posiciones teológicas han bloqueado o abierto procesos democráticos. En nombre de la teología se defendían los absolutismos monárquicos y en nombre de ella se abogaba por el derecho de gentes, como lo hizo Victoria.

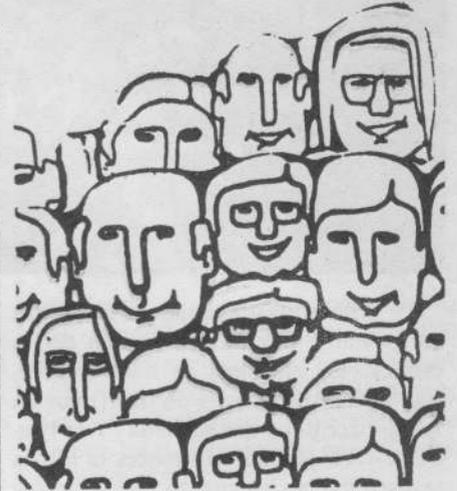
Las democracias liberales, surgidas de la revolución francesa tuvieron marcados acentos anti-clericales e incluso anti-religiosos. Se abría espacio para un deísmo, pero se mantenía distancia frente al cristianismo y la Iglesia. Esta democracia liberal se reconcilia con la Iglesia an-

te el despertar del mundo obrero. La Iglesia recuperó las clases medias, pero perdió la clase trabajadora, porque ésta se sintió mejor comprendida y estimulada por los proyectos del socialismo y de su dictadura del "proletariado".

La alianza de la burguesía con la Iglesia es muy relativa, porque la primera se siente incómoda ante el magisterio social de la segunda. En efecto, el mundo burgués moderno parte de un concepto muy rígido de lo secular, de la autonomía de los valores temporales, que se separan de la esfera religiosa y ética. Por lo tanto, si la Iglesia se ciñe exclusivamente a aspectos puramente espirituales, individuales, no entra en conflicto con la sociedad burguesa, pero si comienza a exigir la fidelidad al Evangelio, a su Doctrina Social, entonces provoca un cierto aire de desconcierto y hasta oposición. El mundo secular moderno sin atacar ni oponerse a la religión, limita sin embargo su esfera a "lo espiritual", para poder moverse con mayor libertad y sin escrúpulos éticos en "lo profano de la política".

Paralelo a ese proceso de gradual indiferencia religiosa provocada por el secularismo moderno se va dando un proceso de consolidación de las democracias políticas del primer mundo. Este proceso de robustecimiento se hace posible por la elevación de vida de las clases medias, incluso la participación de grandes ventajas para los sectores populares, gracias al crecimiento industrial y a las posibilidades de la sociedad de consumo. Lo que éste proceso de estabilización esconde es el precio que tiene que pagar el tercer mundo a través de la dependencia económica, a fin de sustentar la estabilidad política del primero.

En América Latina encontramos, en cambio, las frustraciones del desarrollo económico y el peso de la deuda externa, como elementos desestabilizadores de la democracia política. Podemos decir que la estabilidad democrática en América Latina es un fenómeno reflejo de circunstancias coyunturales de crisis en el primero y viceversa. Cuando en el primero se tiende a la estabilización, el



tercero se camina hacia la crisis.

Las relativas bonanzas democráticas de Argentina, Chile, Brasil, etc. coinciden con épocas de crisis por la guerra mundial y sus secuelas en el primer mundo. Pero cuando se quiere trasladar ese modelo de desarrollo a nuestro subcontinente se originan fuertes impasses que obstaculizan el proceso político. Estos procesos son contemporáneos a una extraordinaria apertura provocada en la Iglesia por el Concilio Vaticano II y entre nosotros en particular por Medellín. Pero son precisamente los años entre Medellín y Puebla, que van a significar endurecimientos y dictaduras militares.

Desde el punto de vista religioso, la consolidación de las democracias occidentales se da en forma paralela a una creciente pérdida de sentido de los valores religiosos, fruto de la secularización contemporánea. En forma contraria la fragilidad e inestabilidad de las democracias latinoamericanas va acompañada por una creciente conciencia de los valores religiosos del pueblo y del acompañamiento de las luchas a favor de los derechos de los más pobres y marginados.

La fragilidad democrática y el papel de la Iglesia

La realidad exterior de la democracia, es decir, su existencia y consistencia política no se pueden desconectar de la realidad interior de un pueblo que pien-

sa democráticamente, que actúa democráticamente, que elige democráticamente, etc. Hay una correlación evidente entre la conciencia humana y el mundo que le rodea. Regímenes autoritarios crean mentalidades autoritarias o sumisas. Si la democracia debe ser defendida porque es la expresión de una realidad humana y humanizante, entonces un pueblo no puede depender de las arbitrariedades de los juegos políticos y de las tomas de poder. La adhesión de las fuerzas armadas de nuestro continente al ideal de democracia es muy débil y rompible, cada vez que entren en juego los resortes ideológicos.

Es aquí, en este campo de los valores de la persona y de los pueblos donde tiene cabida la misión de la Iglesia.

Las aspiraciones por una vida más digna y humana que dinamizan los movimientos populares se encuentran con una opción institucional y oficial por los pobres. Este factor es nuevo, si lo comparamos con el proceso europeo en el que la Iglesia perdió la clase trabajadora. En América Latina el pueblo siente cercana a la Iglesia en su lucha por la justicia.

En América Latina hay una teología de la Iglesia que la entiende más como comunión de fe que como "sociedad perfecta" en paralelismo al Estado político; más como "pueblo de Dios" en comunión con los pueblos que opta por los pobres y quiere defender sus derechos humanos inalienables. Es cierto que esta actitud no siempre ha sido coherente ni universal. A veces los factores ideológicos de miedo al comunismo prevalecen sobre la defensa de los derechos de los pobres, e incluso algunas Iglesias han asumido posiciones claramente antidemocráticas hasta legitimar dictaduras militares.



Si bien es cierto que las causas externas de fragilidad democrática de nuestro continente son las de más peso, no puede dejarse de lado el papel de la Iglesia. Ella contribuirá a estabilizar o desestabilizar los procesos democráticos en América Latina.

La Historia de Salvación como Luz para entender la Democracia

No pretendemos buscar en la Palabra de Dios una confirmación de la democracia en cuanto tal. Sería absurdo pretenderlo con un anacronismo fundamentalista. Nuestra intención es detectar a través de la Revelación de Dios en la historia de la salvación, los rasgos fundamentales del hombre y de la sociedad que la democracia debe asegurar.

El primer gran momento de la revelación es el poder liberador de Dios que saca a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Toda la historia anterior ha ido preparando el terreno señalando una elección de Dios, en Abraham, Isaac y Jacob. Pero esta elección entra en conflicto dialéctico con la experiencia de la esclavitud en Egipto. El Exodo, por tanto constituye el fin de este proceso dialéctico donde se revela la fidelidad de Dios que elige y que libera de la esclavitud a su pueblo. La democracia debe ser cuestionada siempre por este hecho de liberación. Es como un telón de fondo que cuestiona toda las esclavitudes de todos los sistemas socio-políticos.

El Exodo como intervención de Dios no es un hecho terminante. Por el contrario, es un hecho cuyo sentido religioso va a ser esclarecido por la alianza. Se sale de la esclavitud de los hombres para llegar al servicio de Dios. Pero lo interesante de este servicio es que precisamente está situado en el contexto de una sociedad humana y humanizante. La tierra prometida debe ser como la muestra histórica de la libertad de un pueblo que siente a Dios como garante de esa libertad. Pero no es la realidad material de entrar en posesión de una tierra lo que garantiza la total libertad del hombre. En la tierra de la libertad aparece la esclavitud de los ídolos que hacen competencia al Dios Liberador.

De allí sacamos una segunda consecuencia para entender la democracia: no basta la libertad socio-política, si un pueblo cae en la esclavitud de los ídolos. La democracia puede falsificarse **por dentro**, por la alienación humana que adora el fruto de sus manos y lo constituye como un Dios alternativo al Señor

de todas las cosas. La democracia se frustra por fuera cuando no hay libertad, pero se corrompe por dentro cuando la libertad deshumaniza porque es servicio de idolatrías. En este contexto de idolatrías los profetas recuerdan al pueblo su fidelidad quebrada ante el Dios verdadero. Pero su voz es incómoda y los profetas pagan con su vida el precio de su valentía. También la democracia tiene sus profetas y sus mártires.

El exilio es un momento de exteriorización, de reconocimiento del pecado y de aspiración por el retorno. Pero a partir de ese momento, salvo el breve período de los Macabeos, Israel no conocerá la independencia por las sucesivas dominaciones. El sentido nacional sobrevive muy fuerte sin embargo, pero unido al centro religioso de la ley del templo. Sean cuales fueren las circunstancias políticas del pueblo de Dios, su unidad está garantizada por la fidelidad a la ley y al templo.

Pero lo que debería ser signo de libertad, puede de nuevo volverse marco de opresión. En el contexto del judaísmo post-exílico, aparece la figura de Jesús. Los fariseos desprecian al pueblo pobre porque por su ignorancia de la ley es incapaz de tener acceso correcto a Dios. Los Saduceos aprovechan el culto del templo para lucrar con grandes negocios. Los dos pilares de esta unidad religiosa y nacionalista están también corrompidos internamente. Una permanente elección que las democracias deben aprender: no vaciar de contenidos sus símbolos.

¿Qué significa la vida, la muerte y resurrección de Jesús, como manifestación de la plenitud de la acción salvífica de Dios en la historia?. En los tres momentos de opresión-liberación que hemos considerado: esclavitud en Egipto-Exodo; esclavitud de las idolatrías-exilio, y esclavitud de la ley y del templo, Jesús se sitúa como libertador en el contexto inmediato de la última esclavitud. Nos libera de la ley y del templo, nos devuelve acceso a Dios por la experiencia de ser sus hijos; prefiere a los pobres e ignorantes, capaces de entender por la revelación de Dios, lo que no entienden los sabios y prudentes (Mt 11,25). Jesús se dirige a ellos para comunicarles los tesoros del Reino. Jesús se presenta en sí mismo como el verdadero **Templo**. El encuentro con el Padre no se da en un local de piedra, se da por el camino y acceso que es la humanidad de Jesús y en él y por él, de toda la humanidad. Por

eso Jesús puede decir que la actitud ante los pobres será tema de juicio de salvación o condenación, porque en ellos estaba El como en su templo. Hay pues un nuevo templo y una nueva ley la presencia de Dios en los hombres, sobre todo en los que más sufren, y la ley del amor.

Desde la liberación de la ley del templo, se retorna a las liberaciones anteriores. Hay que liberarse de los ídolos, es decir, de aquellas representaciones de Dios que nos aleja del encuentro con El en el nuevo templo y en la nueva ley; hay que dar a los pobres y oprimidos las condiciones de una vida que sea digna de los hijos de Dios.

La Iglesia como comunidad creyente se reúne en el nombre de Jesús, muerto por darnos la libertad del pecado, de la ley, del templo, de las idolatrías, de las opresiones humanas. Pero Resucitado, también como vencedor de todas esas esclavitudes. Por eso todo aporte a la libertad es participación del misterio paschal del resucitado; es como un fragmento de la libertad total que Cristo ha conquistado para todos los tiempos y para todos los hombres. El centro de la fe de la Iglesia es la celebración eucarística, memorial de la Pascua cristiana, de la muerte y resurrección de Jesús, como obra liberadora en todos los sentidos antes mencionados.

Unas breves aplicaciones al proceso democrático. Toda democracia, bien entendida a la luz de la fe, debe ser experiencia de libertad al estilo del Exodo, es decir: salida de estructuras opresoras hacia un régimen de humanización. El proceso no es sencillo, como no lo fue la salida de Egipto. Hay desiertos, desaliento, traiciones, retrocesos. A veces el pueblo piensa que el precio de la libertad es demasiado alto.

Pero la democracia tiene sus mayores peligros al interior de sí misma: es la absolutización de sus logros adquiridos, la sacralización de sus instituciones y normas. Una democracia que se absolutiza, que no permita ser corregida permanentemente, confrontada con ideales más exigentes y más plenos. Democracia de élites que no son democracia de pueblo; democracias de clases medias que no son democracias de marginados y pobres. En esta circunstancia la ley se vuelve instrumento de opresión, defensa de los privilegios, medio de explotación. El templo de la democracia es morada de ídolos, y no el espacio abierto que conduce a Dios porque se encuentra al hombre, sobre todo en el pobre marginado.

IGLESIA DE LOS POBRES

San José (PE) -- El teólogo chileno Pablo Richard sostuvo que "la Iglesia de los Pobres es hoy el único modelo de Iglesia en América Latina que no está en crisis", en un artículo titulado "¿Dónde está nuestra fuerza?", sobre el futuro de la Iglesia de los Pobres", en el que se refirió a las claves para construir una Iglesia "que haga creíble el Evangelio y haga posible la evangelización liberadora de los oprimidos".

En ese sentido, Richard consideró fundamental la elaboración de una "espiritualidad liberadora", a la que definió como aquella "capaz de discernir y combatir toda perversión idólatra, toda distorsión del sentido de Dios", como asimismo combatir "los falsos ídolos", caracterizados como "aquellas realidades humanas que el hombre puede transformar en seres absolutos como el dinero, el capital, el mercado, el consumo, el prestigio, el poder, la organización, la seguridad". Admitió que se trata de "una verdadera revolución espiritual al interior de los procesos históricos".

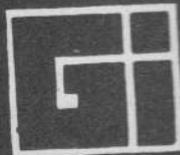
En el ensayo, publicado en la revista "Pasos" que edita el departamento ecuménico de Investigaciones (DEI), de Costa Rica, el catedrático postula "la posibilidad de una transformación positiva de la conciencia religiosa popular en el marco de una "estrategia liberadora". Esta CPR, dijo, "representa actualmente en América Latina una conciencia religiosa alternativa a la "religión oficial" de la cristiandad". Aseguró que la Iglesia de los Pobres tiene una "fuerza irresistible" en la medida en que "multipli-

ca los testimonios, los símbolos, las presencias evangelizadoras masiva a través de signos visibles y creíbles a la conciencia y memoria colectiva del pueblo".

"Nuestra fuerza y nuestro futuro —enfaticó— está entre las mayorías populares de América Latina, entre los campesinos, los indígenas, los negros, los marginalizados en las grandes ciudades, las mujeres y los jóvenes del mundo popular", como asimismo "en el movimiento popular, organizado y conciente que está en movimiento, el pueblo militante". "La Iglesia que opta por el pueblo —insistió— es la Iglesia por la cual el pueblo también opta". Richard exhortó a la Iglesia a asumir la "lógica de las mayorías" la cual, sostuvo, "es la lógica de la vida y la lógica de la justicia".

El teólogo se refirió luego a las Comunidades Eclesiales de Base, cuya clave, opinó, es "la participación de los pobres y oprimidos en la Iglesia como sujetos históricos", concretada a partir "de la propia identidad cultural, religiosa, étnica, racial y humana de los grupos oprimidos". En ese contexto, agregó, "la Teología de la Liberación ha sido y es una fuerza espiritual y teórica decisiva" al poner de manifiesto que "este mundo de los oprimidos está en conflicto con el sistema de dominación, con toda su lógica opresora, racista, etnocéntrica y sexista".

Desde la perspectiva tercermundista —continuó—, también América Latina está tomando conciencia de sus raíces indígenas y afroamericanas y descubriendo también el carácter colonial-occidental del cristianismo".



Graziani
IMPRESOS
Srl

RIOJA 2690 ALTO ALBERDI TE 80-5255

5003 CORDOBA